
México: diálogo entre generaciones



Francisco Orvañanos, coordinador

Fernando Aboitiz, Santiago Corcuera, Héctor Fernández,

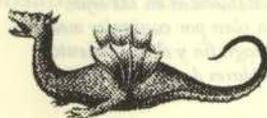
Margarita Zavala, Juan Sánchez Navarro,

Antonio M. Prida, Íñigo Orvañanos, Mauricio Candiani,

Luis Rubio, Santiago Creel, Lorenzo Meyer,

Sergio Sarmiento, Antonio Sánchez Díaz de Rivera,

Blas Pérez Henríquez



OCEANO

ESTADO DE DERECHO
ÍNDICE

EMPRESARIOS

Razón del proyecto, Juan Sánchez Navarro, 11

Los jóvenes y el fin de siglo mexicano, Lorenzo Meyer, 15

REFORMA POLÍTICA

La reforma electoral en la transición política mexicana,

Santiago Creel Miranda, 25

La transición política, Margarita Zavala, 35

DEMOCRACIA

¿Transitando a la democracia?, Luis Rubio, 45

El reto es México, Francisco Orvañanos Corcuera, 65

LIBRE MERCADO Y ECONOMÍA

El juego de las libertades, Sergio Sarmiento, 83

Libre mercado con responsabilidad social, Fernando Aboitiz, 88

LOS JÓVENES Y EL FIN DE SIGLO MEXICANO

Lorenzo Meyer

Conquistar el mundo

A los 56 años, sir Winston Churchill escribió, refiriéndose a su propia experiencia, que en la juventud, en la medida que se fuese generoso, sincero e intenso, nunca se podría hacer daño al mundo, al menos no uno significativo, pues el mundo había sido hecho precisamente para ser conquistado por la juventud.¹ La idea es atractiva por optimista, pero refleja menos las posibilidades reales de los jóvenes en general y más las del autor —aristócrata, de familia adinerada, bien educado y súbdito de un país que, en ese momento, aún era el centro del sistema mundial. Por otro lado, si el joven no puede hacerle daño al mundo, el mundo, en cambio, sí puede hacerle daño, y mucho, al joven.

Las experiencias de juventud de Churchill le obligaban al optimismo: a los 26 años ya había experimentado y abandonado la carrera de las armas; sus primeros escritos como reportero de guerra en Sudáfrica o Cuba, lo habían hecho famoso; y acababa de ganar un sitio en el Parlamento. Sin embargo, ¿hasta qué punto es posible para el común de los jóvenes suponer que pueden seguir una carrera de vida más o menos similar a la de tan singular personaje? En cualquier lugar o época, sólo unos cuantos tienen oportunidades como las del gran estadista británico; su mérito personal no fue tenerlas —era su “derecho de clase”—, sino el haber sabido aprovecharlas bien, a fon-

do. Sin embargo, para el grueso de los jóvenes, especialmente en este fin de siglo y en este país, México, el problema principal no es aprovechar las oportunidades sino llegar a tener las mínimas necesarias para poder desarrollar potencialidades, creatividad y energía. A diferencia de Churchill, para los jóvenes de hoy, el mundo que tienen que conquistar es particularmente injusto y mezquino en oportunidades; especialmente si la clase social a la que pertenecen no es la que se está beneficiando de la tendencia mundial a la concentración de la riqueza. Es en este sentido que el mundo está haciendo daño a los jóvenes, de México y de muchos otros países.

Las oportunidades o falta de ellas

La definición de joven es relativamente arbitraria, aunque para nuestros propósitos bien puede ser la que englobe a aquellos individuos que por edad acaban de convertirse en ciudadanos y que están en la etapa inicial —y decisiva— de la formación de su propia identidad, familia y patrimonio. De acuerdo a las proyecciones basadas en los censos, en el México del año 2000, los individuos cuyas edades fluctúan entre los 20 y los 34 años, representarán 26.91% de la población, lo que significa alrededor de 27 millones y medio de personas.²

Para el grueso de los mexicanos jóvenes, encontrar empleo es, y va a seguir siendo, el principal problema a resolver en su relación con el sistema social en que están insertos. En nuestro país la presión demográfica está poniendo a poco más de un millón de jóvenes en el mercado de trabajo cada año; desafortunadamente la economía no está creando oportunidades a la velocidad que esa demanda requiere. Entre el fin de la segunda guerra mundial y mediados de la década de los setenta, el crecimiento anual promedio del producto interno bruto de México fue de 6%, muy aceptable porque dobló la tasa de crecimiento demográfico en el periodo, que en promedio fue de 3% anual. Sin embargo, a partir de 1976, y como resultado de una seria crisis estructural —el agotamiento del viejo modelo de crecimiento por la vía de la

protección y de la sustitución de importaciones—, el comportamiento de la economía ha sido decepcionante. El cambio forzoso de modelo económico a mediados de los ochenta —cuando de manera brusca el gobierno abrió la economía— lanzó a México al proceso de globalización, que se acentuó a partir de 1994 cuando entró en vigor el Tratado de Libre Comercio firmado con Estados Unidos y Canadá. El impacto inicial de esa transformación inesperada ha resultado muy doloroso; desde luego no produjo la prometida reactivación de la economía —no se podía—, sino todo lo contrario. El costo del ajuste, que aún se sigue pagando, lo muestran las cifras: entre 1982 y 1996 el crecimiento promedio del PIB fue de apenas 3% —la mitad de lo que había sido en el periodo anterior—, y aunque el índice de crecimiento demográfico también fue menor que en el pasado, gracias a un mejor control de la natalidad —2% anual—, este hecho no se reflejó en una baja en la demanda de empleo. Los jóvenes que hoy están demandando una plaza en el mercado de trabajo, nacieron en los años de la gran explosión demográfica —los setenta y ochenta—, cuando la tasa de crecimiento poblacional llegó a superar 3% anual.

La insuficiencia en la creación de empleo salta a la vista al comparar la cantidad de puestos remunerados en 1980 y en 1995. El total pasó de 20.3 a 22.9 millones: un aumento de apenas 2.6 millones en quince años.³ El déficit, por tanto, es enorme —12 millones de puestos—; ¿qué sucedió con aquellos que no encontraron lugar en la economía formal? Para los jóvenes de las clases populares, el subempleo o la migración legal, y sobre todo ilegal, a Estados Unidos, fue la única salida; desafortunadamente, y de cara al futuro, resulta que ambas se tornarán cada vez más difíciles, pues la economía informal tiene un punto de saturación y la legislación estadounidense en contra de los trabajadores indocumentados se ha endurecido. Ahora bien, el problema que enfrentan los jóvenes mexicanos respecto del empleo no es exclusivo de ellos, se manifiesta prácticamente en todas partes, incluso en los países más avanzados. La economía globalizadora tiene una característica muy desafortunada: puede crecer el producto glo-

bal, pero no necesariamente la tasa de empleo, al menos no al mismo ritmo. Es por ello que, aunque el nivel de vida de su sociedad sea mayor, los jóvenes de Inglaterra, Canadá, Francia o España, por citar ejemplos notables, también se enfrentan a la escasez de oportunidades para poder hacer efectivo su potencial creativo y productivo. El crecimiento de la riqueza sin empleo es un indicador de que algo muy serio está fallando en el nuevo sistema económico global.

Hoy podemos decir que un fantasma recorre no sólo Europa sino el mundo: el fantasma del desempleo o subempleo para los menos preparados. Éste es el reto al que se enfrentan la economía global y sus grupos de población jóvenes. Las víctimas de este fenómeno son de todas las edades, pero sus peores efectos se producen en los jóvenes, pues los frustra justo cuando están en la posición más vulnerable, y por tanto, el daño moral puede ser devastador. El México de hoy y el del futuro inmediato, tiene que enfrentar este problema con algo más que resignación, pues no se puede simplemente dejar la solución del problema a las fuerzas del mercado, porque la economía sólo acogerá a los jóvenes mejor preparados pero marginará a los que no tengan la educación formal adecuada —y la conexiones sociales apropiadas—, con lo que se creará, o más bien, se incrementará, un problema social de proporciones mayúsculas. Si las estructuras económicas no ofrecen las oportunidades adecuadas para dar una solución positiva —constructiva y civilizada—, a la demanda de un lugar en el sistema productivo con perspectivas adecuadas a las expectativas, el resultado para muchos jóvenes será la frustración individual y la vida sórdida, pero para otros la respuesta será la búsqueda de la salvación por caminos de violencia y choque con un sistema que les cierra puertas, o por la vía del crimen.

Lo positivo

Pero no todo es horizonte brumoso para aquellos mexicanos que empiezan a ser parte de los constructores del país. Los ciudada-

nos jóvenes de hoy viven una coyuntura que simplemente era imposible para las dos generaciones que les antecieron: la posibilidad de superar el sistema político mexicano actual —antidemocrático, autoritario y extremadamente corrupto— para dar principio a un proyecto histórico nacional largamente postpuesto: echar los cimientos de un régimen político plural, democrático, que haga posible la existencia de un Estado de derecho que permita, entre otras cosas, llamar a cuentas a las autoridades, y a la enorme mayoría de los mexicanos dejar su calidad de súbditos para asumir, finalmente, la de ciudadanos.

A las generaciones que antecieron a la que hoy llega a la mayoría de edad, les tocó vivir en un sistema mundial dominado por ideologías antagónicas y donde, frente a la injusticia, la idea de la revolución y de la solución radical a los problemas sociales del subdesarrollo tenía enormes atractivos. En México, tras la represión por el ejército del movimiento urbano y estudiantil de 1968 —movimiento que exigía a una presidencia sin límites, someterse a los principios del Estado de derecho—, surgieron, como reacción, varios movimientos guerrilleros donde fue notable la participación de jóvenes universitarios de las clases medias. Esos movimientos insurgentes, finalmente, no calaron en el tejido social y no llegaron muy lejos en su esfuerzo por transformar radicalmente el orden autoritario mexicano, y sí, en cambio, pagaron un alto costo por su generosidad y desafío directo al poder.

Hoy, a punto de concluir el siglo XX, la guerra fría ha quedado atrás, como también en gran medida ha quedado atrás el modelo revolucionario —lo destruyó menos la reacción de la derecha y más los propios errores y crímenes del “socialismo real”—, pero no ha desaparecido, ni mucho menos, el agravio por la injusticia social y el deseo de cambio. Al contrario, la exigencia por construir en México un sistema político realmente democrático y moderno ha calado en un número cada vez mayor de mexicanos, pero ya no por la vía de la confrontación armada para derribar al régimen y alcanzar el orden, sino por el camino de la construcción de un sistema de partidos digno de tal nombre y de un sistema electoral donde el fraude ya no tenga cabida.

En el último cuarto de siglo, la llamada “tercera ola” de la democracia, ha logrado éxitos espectaculares en la transformación de los sistemas autoritarios latinoamericanos y de otras latitudes. Y desde los años ochenta, esa ola golpea sin tregua las bases de un sistema político anticuado —de monopolio del poder por un partido de Estado— como el mexicano.⁴ A partir de la conjugación de la crisis política surgida en los años sesenta con la económica de los setenta, la vieja legitimidad pragmática del régimen mexicano —una presidencia con grandes recursos que controlaba a los principales actores sociales por la vía de la cooptación— se fue perdiendo y dio lugar a un vacío de legitimidad. Fue entonces cuando, en medio de tensiones no exentas de violencia, fue surgiendo o consolidándose una estructura de verdaderos partidos de oposición de centro-izquierda y centro-derecha. Así, al final de los ochenta, las elecciones dejaron de ser los ejercicios sin contenido que habían sido por mucho tiempo, para transformarse en auténticas contiendas entre alternativas, aunque distorsionadas por el fraude y por unas reglas notoriamente inequitativas.⁵

Lo que está en juego

El término “jóvenes” es una categoría muy pobre para el análisis social. La edad engloba a un grupo social separado por cosas más importantes: educación, clase social, ingresos, región, género, religión, etcétera. Las actitudes y posibilidad de los jóvenes mexicanos varían mucho: la visión del mundo, las perspectivas y posibilidades de un mexicano de veinte años, de clase media, que vive en la ciudad de México son brutalmente distintas de las que tiene otro joven, de igual edad, que vive en la sierra de Guerrero.

En cualquier caso, el desafío que se presenta al grueso de los jóvenes mexicanos es el de una relativa estrechez en las oportunidades de trabajo, un sistema social que aumenta la desigualdad entre clases y regiones, y una transformación política que no termina de consolidarse, y que por ello abre tanto posibilidades de democratiza-

ción como el peligro de una regresión, de transición fallida. Los jóvenes, por definición, no son los que tienen a su cargo el control de las grandes decisiones económicas, políticas o sociales, pero hoy tienen el poder que dan los números, y pueden usarlo para presionar hacia una transformación de los modelos económico y político; claro que igualmente pueden refugiarse en la apatía o en la búsqueda de la salvación individual. Esto último sería un error.

Francis Bacon, el filósofo y ensayista inglés, señaló en el siglo XVII que los viejos ponen muchos reparos, consultan mucho, se aventuran poco y se contentan con llevar las cosas no hasta su última consecuencia sino hasta lograr un éxito mediocre. En contraste, los jóvenes están mejor capacitados para inventar que para juzgar, para ejecutar que para asesorar, y para emprender un proyecto nuevo que para sostener el existente.⁶ Si en México hay un tiempo para la juventud, en el sentido de Bacon, es ahora.